

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 12 Noviembre 1914.-Número 46.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

En defensa de Jesús

Se me ha impuesto siempre tan imperativamente la necesidad de ponerme de parte de todo el que he visto abandonado, perseguido ó mal juzgado, que hasta mis enemigos han contado con mis simpatías, si no he podido prestarles mi apoyo, desde el punto que han caído en desgracia, sin cuidarme nunca de analizar, como hubiera sido razonable, si ella le sobrevino por culpa propia. ¿Eran desgraciados? No quería saber más.

Esto me habrá hecho á veces aparecer como tornadizo en mis opiniones, viéndome defender á hombres que antes atacué, sin haber modificado en lo más mínimo el mal concepto que de ellos tenía. Y es que, como á otros el éxito, á mí me atrae la desgracia. Se ha dado el caso de soportar años y años el trato de personas que me eran desagradables, solamente porque se hallaban en mala situación; de estar en mi mano, las habría sacado de ella para tener el gusto de no volver á saludarlas.

Y advertido esto para que mis habituales lectores no extrañen lo que voy á decir, entro en materia.

Sabido es que yo no fui nunca partidario de Cristo. De Jesús, sí. ¿Y cómo no, si se ponía de parte de los desvalidos y fustigaba á los poderosos?

Pero como Jesús ha llegado á nosotros encarnado en Cristo, yo venía combatiendo esa figura creada por el sacerdocio. Y al ver que ahora, con motivo de la guerra, los que se

dicen sus adoradores se olvidan de él, arrojo lejos de mí la piqueta y me pongo á su lado.

Y me pongo, por la misma razón que me hubiera puesto al del padre Adán, cuando fué expropiado del Paraíso; al de César, cuando fué asesinado en el Foro; al de Servet, cuando fué quemado en Ginebra; al de Napoleón, cuando fué recluso en Santa Elena; al de Riego, cuando fué ahorcado en la Plaza de la Cebada, simbolizando en esos nombres los de cuantos cayeron en la Historia y en la leyenda, fuesen quienes fueren y cayeran justa ó injustamente.

Y ya al lado de Jesús, le digo con voz entera, fijos en los suyos mis ojos:

«Hoy te veo más desconocido, olvidado é injuriado que nunca, y vengo á ofrecerte á ti para desenmascarar á los que te ultrajan.

No discuto ahora si eres Dios ó eres Hombre. Si lo primero, nada he de pedirte, porque no creo en dioses; si lo segundo, nada puedes darme. Pero al ver como te tratan los que te proclaman Dios, no puedo sustraerme al impulso que me arrastra hacia los mal juzgados, y voy á defenderte como hombre. Y hasta como Dios desgraciado.

¿Que un Dios no puede ser desgraciado? Sí; y tú lo eres cual no lo fué ninguno, porque jamás te conocieron bien ni te secundaron. Todas las máximas que vertiste, han sido infringidas; todos los preceptos que fijaste, desobedecidos; todas las virtudes que encareciste, despreciadas. Y en tu nombre se persigue, se encierra, se levantan suplicios, se encienden hogueras, se arrasan naciones, se destruyen ciudades, se extiende por todas partes la ruina, la desolación, el estrago; y para mayor burla y escarnio mayor, se pide á tus propias máximas sanción para esos crímenes.

Los sayones que se burlaron de ti en el Pretorio y camino del Calvario, te ofendieron menos que los que ahora te invocan para que los ayudes á acabar con sus enemigos, cual si tú no fueras el que dijo: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.»

Del amor á ti, deducen el odio al prójimo; juran en tu nombre respetar pactos que rompen; despojan, mienten...

Y ni con la Humildad que recomendaste enfrenan su Soberbia, ni

con el Desinterés avasallan su Avaricia, ni con la Templanza desarman su Ira, ni con la Caridad ahuyentan su Envidia. Y ni tienen Fe en la eficacia de tu doctrina, ni Esperanza en tu Justicia, ni piden á la Prudencia consejos ni á la Fortaleza serenidad.

Los mismos que se dicen guardadores de tu doctrina, la falsean ó la contradicen.

Te llaman amparo del débil, y se unen al fuerte.

Bondadoso, y amenazan con tu ira.

Misericordioso, y te muestran vengativo.

Por esto los sencillos de corazón sólo perciben desde hace tiempo algún moribundo y oscilante destello de la luz de la Verdad, lo que les hace caminar á tientas por los senderos que al bien conducen; y los maestros en sabiduría que no han podido aún arrancar completamente de su pecho el sentimiento religioso, se preguntan ya angustiados dónde esa Verdad se encuentra.

En cuanto á mí...

Varias veces me felicité de no haberte jamás tenido por Dios, pero no con la intensidad de ahora; pues si por Dios hoy te tuviera, y en tu bondad creyese y en tu justicia confiara, indignado te expulsaría de mi corazón al ver que no aniquilas con un rayo de tu cólera á los que profanan tu nombre sólo con tomarlo en boca; á los que te señalan como su cómplice y tienen el cinismo de postrarse ante tu imagen á darte las gracias cuando encharcan de sangre los campos, cuando arrasan las ciudades, cuando incendian tus templos, cual si tú los hubieras ayudado.

Ningún impío ni ningún ateo pudieron nunca ofenderte y escarnerte tanto como los que te proclaman Dios; y diciendo que eres Bueno, afirman que te complaces en el sufrimiento de las criaturas que viniste á redimir; y que siendo Sabio, no hallas otro medio de que se haga tu voluntad en la Tierra que consintiendo el exterminio del débil; y que siendo Justo, permites que la iniquidad prevalezca.

Por mi parte, me creería un malvado si, teniéndote por Dios, aplaudiese, disculpase, ó justificase los crímenes de lesa Humanidad que se están cometiendo actualmente en Europa, aun cuando fuera posible demostrarme que tú los habías decretado ó consentido.

¡No, no! Tú no puedes, ni como Dios ni como Hombre, ser inductor ni cómplice de esas monstruosidades.

¿Tú, que vertías sobre las multitudes esclavizadas palabras de consuelo, disparando ahora el obús que las deshace?

¿Tú, que ascendías á las montañas á orar, elevándote en zeppelin para arrojar bombas sobre niños y mujeres?

¿Tú, que caminabas sobre las aguas, sepultándote bajo ellas para volar arteramente á los que sobre ellas navegan?

¿Tú, que con bendiciones fabricabas pan para repartirlo entre los necesitados, quitándoselo á los que lo tienen?

¿Tú, propalando mentiras para excitar ó mantener enardecimientos guerreros que hagan más duraderas y horribles las matanzas?

¡No! ¡No!... ¡Tú no eres ese; tú no puedes serlo: ni como Hombre ni como Dios!... ¡Tú no estás en las trincheras, ni en las baterías, ni en las bombas!... ¡Ni en el submarino que mata bajo las aguas, ni en el aeroplano que asesina desde las nubes!...

Tú acompañas á los que huyen del peligro, ó te quedas en el hogar con la madre que besa al hijo muerto; tú lloras ante el cadáver del niño que la bomba destrozó.

Tú no te apartas de la anciana que tiene frío, ni de la huérfana que tiene hambre.

Tú pides con el mendigo, ayudas al que busca refugio, abres al vencido que llama.

Tú vas con el médico que cura al herido y con el camillero que conduce al cadáver.

Y porque así eres y porque esto haces, te calumnian y blasfeman de ti cuántos se anuncian como representantes ó servidores tuyos.

Y por esto yo, que jamás comercié con tu nombre, ni encubrí con él mis faltas, ni lo utilicé como escudo para atacar ó defenderme; yo que nada te pido, ni nada espero, ni nada quiero de tí, al ver cómo te desconocen los unos, te explotan los otros y te ultrajan todos, yo me siento hoy arrastrado hacia tí por el mismo irresistible impulso que me empujó siempre hacia los abandonados, los desconocidos, los mal juzgados.....

Al llegar aquí me acomete una duda, y me pregunto:

¿Y si en esta guerra monstruosa triunfasen los que tienen á Cristo por rey de los Ejércitos, príncipe de la Ira y Dios de la Venganza, ¿qué haría yo?

Seguir combatiendo á Cristo como hasta aquí, y unirme más y más en espíritu al Jesús de los débiles y los humildes; al que curaba lepro-

sos y perdonaba Magdalenas; al que desmenuzaba hipocritas y huía de sacerdotes; al que no atesoraba y repartía; al que mandaba envainar espadas y blandía látigos; al que no tuvo templos ni altares; al que predicó lo contrario de lo que practican los que pretenden encarnarlo á perpetuidad en un Cristo duro, cruel, inflexible, para ver si pueden de este modo disculpar ó cubrir con su nombre crímenes.

Pero ¿qué estoy diciendo? Si el triunfo completo de la Iniquidad llegare, no podría yo seguir atacando á Cristo, por que el vencido sería él. Y creo más: creo que triunfe quien triunfe, el Cristo que hasta ahora fué aclamado por los fuertes y los dominadores, caerá del pedestal de corazones que la Humanidad le alzó, y para no levantarse; pero que no arrastrará en su caída al Jesús de los débiles y los dominados, que seguirá despertando amor y simpatías hasta en el pecho de los hombres que no admitimos ni defendemos todo lo que predicó.

JOSE NAKENS

LA AMNISTIA

El gobierno ha presentado á las Cortes un proyecto de amnistía que alcanza á los presos y expatriados por los llamados delitos políticos y sociales.

Felicito á todos aquellos á quien alcanza, y aplaudo al gobierno por haber realizado ese acto de justicia.

Una bomba de la guerra en dos Bancos de España

El Sr. Zulueta ha provocado en el Congreso, con una interpelación al Gobierno, una miniatura de proceso y sentencia contra esos dos brujos maléficos de España, llamados Banco Hipotecario y Banco de España.

Son esas y otras entidades las que sirven de abrevadero de las alimañas nacionales, que succionan los más ricos jugos del organismo por medio de las redes vasculares, complicadas é invisibles del orden vigente.

Son esos los baluartes en que se cobijan los vocingleros del patriotismo ful, que llama *patria* al derecho de pernada que sobre España ejercen.

Son esos los núcleos de parásitos hambrones, insaciables y devastadores, que extienden la anemia y la inanición á todos los miembros. Son esos los cánceres pegados á las vísceras nacionales.

Y ellos son, esos Monopolios privilegiados de los cuales los dos citados Bancos con botón de muestra,

los seres intangibles, inviolables, consagrados, ungidos y canonizados ante quienes se hincan de rodillas gobiernos, ministros, cortes, prensa y oradores; ellos son los que á la chita callando maniobran la muerte alevosa de España, en medio del profundo silencio de los que pudieron acusarles y aplastando con su poder á quienes acaso les señalaron con el dedo.

Ahora, con motivo de la interpelación Zulueta, el propio Cierva, verbo de la conservaduría, brazo derecho del desastroso orden vigente y paladín del fariseísmo patriótico, ha sido quien ha acusado de falta de patriotismo á esos dos Bancos, que han negado su concurso en la tarea de salvar á España del cataclismo económico que la amenaza y asalta.

La interpelación del diputado y la acusación del ex-ministro, no fue en un proceso formal. No contiene un solo resultado siquiera, ni un solo considerando, ni un juicio exacto de las responsabilidades de esos organismos de la España-económica, hija de la España política y de la España-clerical, en cuyas historias el crítico sagaz descubriría las enormidades existentes.

Lo dicho en el Congreso es una chinita; pero, con ser tan minúscula, debe ser registrada con la conclusión: *falta de patriotismo*.

No son, pues, instituciones patrióticas, sino sociedades secretas de la mano-negra-monárquico-clerical, que utilizan el nombre de España como etiqueta fraudulenta de un negocio tenebroso.

Chinita y todo, basta para que la prensa que sea independiente de tal mano-negra, á partir de la calificación solemne de La Cierva, se lance al fondo de esas sociedades y lleve al conocimiento del pueblo lo que durante tantos años se ha escondido. Bancos, monopolios de todas clases, trasatlánticas, cerilleras, tabacaleras, azucareras, ferrocarriles, empresas retribuidas, negocios á lo Rochette, eléctricas jesuíticas, concesiones de minas, constructoras subvencionadas, ocultadores de riqueza, amparadores de frailes; negociadores de derechos prescriptos... es decir: el latrocinio organizado, la estafa sentada sobre el Código penal, el chanchullo con vara de alcalde. ¿Quién sera capaz de enumerar los centros de corrupción y disolución nacional?

Aunque no hay necesidad de enumerarlas. Desde la restauración acá no ha habido más que un ideal en España: *enriquecerse*. El cómo ha importado poco. Por lo tanto, puede afirmarse que, con contadas excepciones, todas las Empresas y Bancos que se han fundado ha sido bajo la base de saquear al país.

Mis ejercicios espirituales

Querido D. José.

Invitado por usted á hacer la autobiografía moral que acompañe al retrato de mi físico, me he visto incapaz de tal empresa; no por modestia, que tengo por una virtud intrusa; ni por rubor, que no tenemos derecho á profesar los públicamente deshollados; ni por avaricia de mi intimidad, pues en público he tenido que vivir, sentir y pensar.

Soy incapaz de ello porque no he lo en mi vida nada singular que á los demás interesar pueda, siendo vulgarísima mi conducta y común el modo de ser. Sólo haya quizás algo de particular en la peregrinación que hube de hacer por la región de las ideas, en la cual realmente crucé uno y otro polo de los tres universos: cielo, tierra é infierno.

Este largo viaje he lo descrito en dos libros: *Calvario del alma* se intitula uno, del cual sólo existen tres ejemplares impresos. *Mi conciencia* se llamará el otro, todavía inédito: de 600 páginas cada uno. De ambos son resumen los dos capítulos finales que acompañan.

Su argumento es como sigue.

El *Calvario del Alma* describe documentalmente mi vida ministerial dentro de la Iglesia católica: la apostasía secreta de la Jerarquía; mi lucha contra el Episcopado por tal causa; el intento de levantar el clero inferior contra la Jerarquía apóstata; el fracaso de nuestro intento; el proceso de la Inquisición romana, la sentencia de excomunión, la pena que se me impuso, la abjuración que se me exigió, la rehabilitación canónica, mi denegación á ejercer de nuevo el oficio y aceptar cargo; el proceso de conciencia que hice á tal odisea en largos ejercicios espirituales, y la decisión final de despedirme de la Iglesia Católica descrita en el primer capítulo siguiente.

El estado de espíritu en él reflejado, debíase más que á otro incidente alguno, á la abjuración que me fué arrancada con tenazas, en el lecho que creían de muerte. Sin duda debió ser un crimen atroz, cuando tan atroz fué el castigo que su recuerdo me impuso. El arma que con aquella abjuración di á la Iglesia, fué de doble alcance.

Era un arma que había de esgrimir ella contra mí, como la está esgrimiendo todavía (1): y arma que en el campo liberal podrían clavar-me en el corazón la suspicacia, la envidia y toda malignidad.

(1) Hace unos meses fué leída en un pulpito de Valencia, para difamarme.

Precisamente en previsión de los golpes que por este lado podrían serme dirigidos, prodújose el estado de ánimo descrito en el capítulo.

CÓMO SALÍ DE LA IGLESIA.—ALREDEDOR DEL SUICIDIO

No sé si alguien habrá escrito sobre esta materia en el sentido que voy á hacerlo. Sé muy bien lo que del suicidio suelen decir los filósofos y teólogos: sé que se llama *cobardía, locura y desesperación*. Si soy filósofo, voy á verter aquí mi filosofía: si soy teólogo, aquí se hallará una teología algo nueva: voy á defender francamente el suicidio ante la teología y la filosofía, afirmando primeramente que el suicidio es un acto lógico.

¿Es un acto de locura? También la locura es lógica, con lógica absoluta. El narcótico y el alcohol producen la alteración cerebral: los efectos de esta alteración podrán parecer ilógicos comparándolos con los efectos del cerebro en estado normal; pero son absolutamente lógicos con la anormalidad de que provienen, y la anormalidad es á su vez un efecto lógico del alcohol y del narcótico.

La lógica objetiva consiste en que el efecto sea adecuado á la causa y á las circunstancias: nada hay, pues, ilógico en el mundo: sucede lo que ha de suceder, porque no puede menos de suceder. Causas iguales, en igualdad de circunstancias, producen siempre efectos iguales: dos causas libres en igualdad de circunstancias y de libertad, ejecutan actos exactamente iguales.

La libertad, pues, entendida en el sentido de poder hacer ó dejar de hacer una cosa, no existe. El ladrón roba, porque no puede menos de robar.

Diréis que él es dueño de ir á buscar la cuerda para escalar la casa; que es dueño de subirla ó no; que es dueño de sacar ó no la mano del bolsillo; de tenderla ó no tenderla; de coger el dinero, de metérselo ó no en el bolsillo; de salir con él ó sin él: es falso, todo es falso. Tan no es dueño de dejar de hacer todo eso, que él ve delante de sí la infamia social, y no sabe evitarla: ve la cárcel horrible, y es arrastrado á ella; ve el peligro de ser sorprendido y de ser asesinado, y no sabe huir; lucha, sufre, vacila, pierde el color, se le crispa el cabello, tiembla, se horroriza... y pasa por todo con tal de robar: *su conciencia* dice que en aquel caso puede y debe robar y que hace bien en robar, aunque sea con todos estos peligros.

¿Por qué triunfa en su conciencia el sentimiento del robo sobre el de la honradez? He aquí la pregunta verdaderamente filosófica: esta causa puede ser una ilusión ó ofusca-

ción momentánea, y en tal caso el latrocinio es una fatalidad, una desgracia, un tropiezo; un eclipse de la razón: es como una mota metida de repente en el ojo, ó una falsa luz que deforma ó no deja ver los objetos. O bien puede proceder de una falta de educación de los sentimientos ó ideas, como sucede en la generalidad de los casos, y entonces el culpable del latrocinio no es la *conciencia* del ladrón, sino el que estaba obligado á educarle: y esta falta de cumplimiento del deber educador, se presta á la vez á un examen criminológico no menos minucioso que el otro, y no pocas veces la causa de unos y otros delitos, son el ambiente y estado social.

Pero la sociedad, procediendo típicamente, clericalmente, se declara á sí misma inviolable é irresponsable, haciendo responsables de sus propios crímenes, á los autores inconscientes y forzosos. No quiere reconocer su propia culpa y la castiga en el individuo irresponsable.

«Crimen, pecado!» ¿Dónde estáis? Yo no los veo en parte alguna fuera del convencionalismo social. La víbora pica, porque no puede menos de picar; la hiena destroza, porque no puede menos de destrozar; el hombre ama ó odia, porque no puede menos de odiar ó de amar.

La libertad no existe, pues, en el sentido de hacer ó no hacer; sino de saber lo que se hace. El hombre es tanto más libre cuanto mayor sea el conocimiento del fin que se propone, de los medios que debe aplicar y de los efectos que intenta producir ó evitar. Este conocimiento influye ciertamente sobre la voluntad: el ladrón comete el robo, creyendo que no será descubierto: pero es visto y perseguido. Si él hubiera sabido eso, no habría robado: esta ignorancia ha sido causa inmediata del robo. Despertar el sentido moral, educarlo é instruirlo, sabiendo enseñar al espíritu el placer de bien obrar y el dolor del mal proceder: acostumbrarle á sentir en su justo valor el placer físico y el placer espiritual, etc.; todo esto es extender el conocimiento moral de los actos, es formar conciencia, es aumentar la libertad. Cuanto más sabio es el hombre, es más libre, porque sabe mejor lo que hace y deja de hacer, y por que lo hace.

Pero en el mundo se llama *lógica* no lo que es lógico en sí, sino lo que la generalidad tiene por lógico; como se llama *moral* no á lo que en sí es moral, sino lo que la sociedad conviene en llamar moral; como la religión llama *santo*, no á lo que es santo, sino á lo que ella declara tal. Para el cristiano es un crimen adorar á Mahoma; para el mahometano es un crimen adorar á Cristo. En ciertos Estados el juego es un delito;

en Montecarlo es un derecho sagrado. El matar es un crimen; pero el matar cuando el soberano lo manda, es una virtud social.

El hombre llama ilógico y loco, generalmente, al que obra de distinto modo de lo que él obraría, dada su manera peculiar de ser y colocado en las circunstancias aparentes del otro: y no sabe que si tuviese la manera de ser de éste y en igualdad absoluta de circunstancias, obraría lo mismo que él. Yo había combatido el suicidio como acto de irreligión, de inmoralidad y de locura: cuando me sentí suicida, el suicidio me pareció ser un acto perfectamente lógico, moral y piadoso. ¿Cómo puede ser esto? Es preciso estudiarlo.

En Septiembre de 1904 me hallaba yo francamente divorciado del clero, por verme incompatible con él y por verle á él incompatible conmigo, á perpetuidad: me hallaba divorciado de la gente religiosa por causa de mi segregación del clero; me veía divorciado de la sociedad por causa de la difamación proveniente de la abjuración; me hallaba divorciado de mí mismo, por no justificar mi actitud ante la opinión pública: y yo me sentía enfermo, creyendo que jamás recobraría la salud, ni la energía cerebral, ni la energía de voluntad para verificar aquella justificación, y así entrar en concordia con mi conciencia y con la sociedad. Me sentía repudiado de la especie humana y aun de mí mismo, viendo que ese repudio, en vez de atenuarse había de ir en aumento progresivo, á medida que disminuían mis fuerzas y que se debilitaba mi cabeza y se exacerbaban mis dolencias. Yo era un sér extraño á la humanidad y la humanidad era extraña para mí.

Pero en mi conciencia me creía víctima inocente é impotente: al sentir el repudio social, no podía menos de dolerme de la injusticia de la sociedad y me sentía tentado á odiarla y de vengarme de ella: mas, el placer de la venganza, era á mi ver el acanallamiento y la vileza: el odiar, era un suplicio. En el mundo no hallaba justicia para mí: ¿cómo amar al verdugo injusto, en el acto mismo del suplicio? Yo no veía la manera de sostener este amor: lo más que podía hacer, era no culparle; pero en manera alguna podía bendecirle.

Yo recordaba mi vida de sacrificio, sin duda heroico, con defectos y errores, si se quiere: pero en el conjunto, no podía desconocer el sacrificio absoluto y total: y con todo, me hallaba repudiado como infame...

Y no pudiendo respirar más este aire asfixiante, primero anhelé la muerte: luego vi que de este mundo no debía esperar justicia y mucho

menos recompensa á mis sacrificios, y me acordé de otro mundo de justicia absoluta y me sentí atraído por la voz de Dios que me decía: «sólo Yo conozco tus faltas y tus méritos», y á esta atracción respondía el impulso de la conciencia diciéndome: «¿qué haces acá? ¿por qué no vas á ese Dios que te espera con los brazos abiertos?»

«¡La vida!»

Y aquí entré en la Filosofía de la vida. La Vida ¿es un derecho, ó un deber, ó es, al mismo tiempo, un deber y un derecho? La vida, considerada como deber, no obliga sino cuando es posible: la vida humana, es vida racional, moral y honesta: cuando no es posible la honestidad. Si no halla aire moral, ni se encuentran términos racionales, entonces la vida humana es imposible: deja de ser un deber. Señores filósofos: he aquí la razón de muchos suicidios: si vosotros no habéis visto la licitud del suicidio, es porque no habéis visto la imposibilidad de la vida racional. Diréis que entonces es preciso sufrir... y vivir para sufrir... ¿Quién ha impuesto ese deber, Dios? No blasfeméis: Dios no crea las criaturas para solazarse en su tormento. Para que pudiese recibir placer de la visión de este sufrimiento horrible, sería menester que dejase de ser Dios y pasase á ser uno de vosotros. Cuando el hombre no puede vivir, muere: cuando no puede vivir como hombre ¿quién le exigirá que viva como bestia? La sociedad no tiene derecho sobre aquellos que ha rechazado como hombres; si son bestias, las bestias no tienen deber alguno con la sociedad.

Si es derecho, la vida es renunciable como todo derecho, cuando en vez de beneficio reporta solamente daño: y la vida que es sólo sufrimiento, dolor y oprobio, no reporta provecho alguno.

El teólogo dirá que con ese oprobio y dolor se hacen méritos para el cielo. ¡Ah, teólogos; teólogos! Poca fe debéis tener en el cielo del dolor y del oprobio, pues huís de él como liebres, y como galgos corréis tras las comodidades y glorias mundanas. Y si vosotros corréis tan afanosos al infierno, ¿cómo quereis que las gentes corran al cielo del cual vosotros huís?

El cielo se gana con la justicia, y no con el sufrimiento. Dolor y placer, en sí, son indiferentes á la santidad: todos son santos cuando son justos: todos son ilícitos cuando se salen de la justicia. El sufrimiento en tonto, conducirá al cielo de los asnos, si lo hay: pero no al cielo de los hombres y de Dios, que es justicia absoluta. La muerte y la vida, son indiferentes en sí á la Moral: vivir y morir cuando se debe, esto es lo justo y lo santo. El soldado que

muere en su puesto, decís que es un mártir: al que huye para salvar la vida, le llamáis villano: ahí tenéis deshecha toda vuestra moral.

El mártir, prefiere la muerte al sacrilegio, y es llamado santo: á la doncella que por salvar su doncella se suicida, la llamáis heroína: ¿qué era yo, cuando para no caer en el acanallamiento, meditaba el suicidio?

—¡Pecado!—decís—. ¡Teólogos, teólogos! Si alguien merece el infierno, sois vosotros que inventáis pecados por el placer de condenar á los demás. Si Dios hubiese de hacer caso de vuestras invenciones, se aniquilaría á sí mismo para no verse convertido en verdugo eterno de las almas.

..

La vida y la muerte son derechos y deberes morales. La Teología, al inventar el derecho de la Inquisición á matar, la política al arrogarse el derecho de ejecución, publican el deber del individuo de morir, cuando á la sociedad y á la Iglesia les plazca. Si sólo Dios es señor de la vida y de la muerte, la Iglesia y la sociedad le han usurpado ese derecho. Si la sociedad religiosa y civil tienen derecho á decretar la muerte del individuo, cuando les conviene matarlo, mayor derecho tendrá el individuo mismo.

Cuando la sociedad se declara enemiga del individuo y éste se siente impotente para luchar con ella y se ve víctima forzosa, tiene derecho á huir de su enemigo. El suicidio es esa huida: es la confesión de la incompatibilidad y de la impotencia. En la ejecución de justicia, la sociedad dice al reo: no eres digno de mí: en el suicidio, el individuo dice á la sociedad: no eres digna de poseerme: te niego la satisfacción de torturarme y de verme ultrajado.

El suicidio no es un acto del instinto, ni de locura, sino de perfecta razón. «Antes ladrón que muerto» dice el instinto: la razón convencional, dice lo contrario: «antes muerto, que ladrón». El individuo que dejándose llevar del instinto robó, al discurrir sobre su ignominia, se suicida por decreto de la razón. «Antes muerta que deshonrada» dice la madre á la hija: el instinto dice lo contrario. Un día, inducida por el amor conflagrado, ó sea por un sentimiento noble, tal vez de lástima, la doncella *instintivamente* cae en la deshonra: entonces surge en su conciencia la razón de la madre: mátate: el suicidio de la doncella es lógico.

La perversa moral religiosa y social en boga, es causa del mayor número de suicidios, como es causa necesaria de otros muchos crímenes.

Mi suicidio iba á ser un acto de

conciencia. Era extraño en el mundo: iba en busca de otra patria: ¿qué derecho tienen los moralistas y tribunales sobre los extranjeros, para retenerlos en su poder como cautivos?

Pero de mí la Iglesia no habría dicho: «ya veis á donde fué á parar.» Para hacerla enmudecer tenía preparado un primoroso libro histórico y filosofando mi *suicidio*, y demostrando al mundo esta conclusión: «ya veis á donde me ha traído la Iglesia y el haber creído en ella, y el haberme fiado de ella, y el haberme dejado llevar de ella: ahora querría que le diese el placer de verme derrotado, enfermo, impotente, para decir lo que los hipócritas decían á Job: «castigo de Dios». No tendrá ese placer: mi suicidio es un acto de rebelión contra ese prurito impío. No es una desesperación ni una locura: es un discurso filosófico de un año de duración. La sociedad querría hacer la anatomía de mi cadáver: tampoco tendrá ese placer: ella sabrá cuando me suicido, pero no sabrá cómo ni en donde: no es digna de poseer mi cadáver: yo mismo me cantaré el funeral y me haré de sepulturero.»

...

Todo esto estuve discurrendo durante un año, con toda frialdad. Al principio, la idea del suicidio ponía temblor á mis nervios. No había hallado medio alguno bastante satisfactorio. Durante mucho tiempo, en mis sueños me veía acometido de grandes pesadillas. Ora soñaba el dolor de la estrangulación del ahorcado; ora el del que se dispara un tiro ó se da una puñalada; ora el del que se precipita de una altura; ora el del que se ahoga... Por fin, discurrí un medio *artístico* —hago al lector el favor de no explicárselo para que no se contagie.—Sin dolor, sin autopsia, sin efusión de sangre: una muerte dulce y hasta alegre; y artística, muy artística.

Entonces perdí el miedo á la idea y la acaricié como un excelente descubrimiento. También soñaba, pero soñaba que me moría tan ricamente, tan contento, tan bonitamente... Era una muerte envidiable.

¿Morir...? Para el que sufre, el morir es acabar de sufrir: es un gran bien.—¿Dios? ¿Qué hará Dios del alma del suicida...?

¡Valiente mentecatez! ¿qué va á hacer un padre con un hijo que se cansa de estar lejos de él y se le presenta metiéndosele por la ventana? Si Dios fuese teólogo y político, el suicida habría de temer; pero, por fortuna, Dios es justo y es bueno y no hace necesidades.

Cuando lo tuve todo prevenido y ordenado, me decidí á ejecutar el propósito. Para que nunca la Iglesia

pudiese acusarme de traidor, le notifiqué mi decisión por conducto del P. Valls, quien me contestó, muy bien contestado:

—El que dice que se quiere suicidar, no se suicida.

Esta verdad no es como un templo, sino de templo. Apenas hay *suicida* que no advierta á tiempo su propósito. Hay muchos que lo dicen y no lo hacen: esos tales no son suicidas, sino explotadores y difamadores del suicidio.

Para la Iglesia, pues, y para la sociedad, yo... he muerto. Cuanto haga yo en adelante, para ella es la acción de un muerto. Mi vida será la de un espectro.

Y llegó el día *preciso*. Por fortuna hallábase en mi casa el P. Bernardino de Jesús, á quien le encargué lo que debía encargarle, para evitar sustos y llantos inútiles.

El plan era algo complicado: necesitaba muchos preparativos.

Estando haciéndolos... se me apareció un angel, en forma de mujer, y me pareció que era muy discreto no dejar de saludarle. Y respondió al saludo y se fué, y me quedé pensativo.

«Ese sér... llámese mujer ó angel, parece que ha querido decirme que no estoy solo en el mundo, y que no soy extraño para él... Quizás él me entienda...»

Y me entendió: y comenzamos á platicar; y con tal compañía la tierra dejó de parecerme negra y oscura, la humanidad me pareció menos mala y la vida menos lúgubre... Es un milagro del amor.

Y entonces surgió en mi alma una batalla espantosa: una voz decía: «¿Cobarde, qué haces ahí?...» Y acariciaba en mi mano el tubito de *medicina*... de confites blancos como la nieve, tentadores como golosina; y aquel angel me decía: «No te des prisa; espera; hay tiempo para eso...»

Y pasé largo tiempo entre esas fuerzas contrarias; luchando entre los atractivos del amor y de la muerte, y me coloqué entre el uno y el otro, con este dilema: *ó amar ó morir*.

Cosa rara: durante algunas semanas estaba indiferente á ambas soluciones: me costaba más decidirme por continuar viviendo que por morir.

Amar... sí, es gran cosa: es media vida; pero no ser amado es media muerte. Yo comenzaba á amar... pero no veía posibilidad de ser amado...

En el momento de formular definitivamente la pregunta... en una mano tenía la de mi angelito; en la otra el tubito de *confites*.

Venció el amor... por entonces.

Y entonces determiné publicar este libro.

Y desde entonces quedo viviendo una vida extraña, entre el amor y el suicidio; mi vida de ahora es un pén-

dulo que va de uno á otro de esos lados.

En ambos casos está el término y última palabra de mis campañas religiosas y de mi calvario. En lo sucesivo, no me considero agente de esos dramas, sino simple espectador, totalmente extraño á ellos.

Si la vida es un bien, bendito el amor que me restituye á ella.

Y para la Iglesia... seré el fantasma de ultratumba, insensible á sus rayos. ¡El espectro!

El espíritu redivivo del sér que ella mató.

Montserrat, Noviembre de 1905.

CÓMO VINE A LA TRINCHERA LIBERAL

La decisión del suicidio era una medida cómoda y una solución fácil. Resolvía todos los problemas.

Mas, la decisión de vivir con alguna utilidad mía y ajena, me obligó á grandes esfuerzos y me suscitó muchos problemas. No digo del problema económico, que tiene todo hijo de vecino destituido de fortuna, fuera del esfuerzo propio sometido al azar.

De otro problema hablaré, y fué el ordenar mis ideas y buscar orientación espiritual en el mundo: problema tanto más intenso para mí, cuanto más excitada se hallaba la sensibilidad de la conciencia sobre la de los demás órganos.

Para este trabajo grandísimo me fuí á practicar nuevos ejercicios espirituales en París. Allí me envolví en el incógnito (como mis amigos Servet y Loyola); me instalé en el *Quartier Latin*, (como ellos); y allí pasé los nuevos años de intenso estudio, viendo desmoronarse los castillos de mis antiguas creencias: desmoronamiento que registré á guisa de crónicas en el otro libro.

El resumen de esta catástrofe se halla en este capítulo 59 del libro *Mi Conciencia*, con el cual cerré los *ejercicios espirituales*, y emprendí el estudio del positivismo que me trajo á donde estoy, andando caminos particularísimos, con método también particular, según lo demandaba el extraño curso de mi vida.

JUICIO FINAL

Ciencia y Religión me señalan una cuna: la *sal* y el *agua*, principio de la vida de los biólogos: «el agua fecundada por la sal», que dice la Iglesia en la bendición del agua. A este matrimonio fecundo, la piedad le da un nombre asqueroso: «lodo»... Hablad, hombres espirituales, que os escucho:

—¿El hombre?... Lodo... Eres polvo y á polvo serás reducido... Eres podre infecta... carne hedionda... saco de heces... pasto de lombrices...

Muy bien, Teólogos: eso es el cuerpo real de Cristo... «carne de mi carne, hijo de mi linaje»... Lo que decís de mi carne, de la suya lo decís...

Trájome el vehículo de la vida al seno de mi madre para habituarme á la vida humana. Allí tomé el color, fisonomía, modales y costumbres humanas y me vestí de hombre.

De allí me sacaron á ver la luz y las tinieblas de la Tierra; á oír los cantos de los pájaros y los rugidos de las fieras mezclados con los rugidos y cantos de los hombres; á oler el perfume de la flor y la hediondez de la podre; á gustar el néctar de la ambrosía y el acibar de la cicuta; á tiritar con el frío y á abrasarme con el calor; á pasar fiebres y descansos; á recibir sorpresas y á perder ilusiones; á despertar por necesidad y á dormir por cansancio; á buscar la verdad y á encontrar el error; á apetecer la felicidad y á bregar en la desdicha; á estar atado á la vida por el horror de la muerte, y estar atado á la muerte por las calamidades de la vida.

Y al presentarme al mundo, pusieronme un nombre, como á las estatuas, como á las cosas.

Y me vistieron la desnudez del desheredado.

Y me dijeron: «¡vive!»

Y viví.

La sociedad me envió sus mensajeros.

—Soy el Juez: vivirás libre mientras yo no te encarcele.

—Soy la Medicina legal: serás hombre mientras yo no te declare loco.

—Soy la Ciencia oficial: serás sabio si no te declaro idiota.

—Soy la Ley: serás justo mientras no te declare criminal.

—Soy el Estado: vivirás mientras no te decapite.

—Soy la Iglesia: podrás estar entre los hombres mientras yo no te excomulgue.

Y al compás del repique de las campanas, todos ellos cantáronme al unísono este himno:

«Bienvenido seas, hombre, cristiano, español, ciudadano, libre, responsable: ahí tienes una Patria vieja llamada España; una Madre vieja llamada Iglesia; una Maestra vieja llamada Sociedad.»

**

Y les dije: Vosotras, viejas que me llamáis Hombre y que conocéis la Vida Humana, decidme: ¿qué sitio es el mío?

Respondióme el Registrador de la Propiedad:

—«No tienes sitio en la Tierra conocida. Los pájaros tienen libre el aire; los peces hallan su morada en el seno de las aguas; el hijo del hombre que no es más que hombre, no tiene donde reclinar su cabeza. Quizás halles quien te permita vivir en su casa, pues tú no tienes casa.»

Y dije: Vosotros que me habéis

mandado vivir, oid: tengo hambre.

Y díjome el abogado:

—El hombre que no es más que hombre no tiene que comer. Si quiere vivir ha de comer; si quiere comer ha de mendigarlo de los patronos.

Y fuí á la Junta de clases sociales y dije: Hanme dicho que soy hombre, que soy cristiano, que soy español, qué he de vivir, que para vivir he de comer, que para comer he de trabajar. Instruidme vosotros, sabios viejos, acerca de los oficios de los hombres.

Y me respondieron:

«En resumen, hay tres maneras de vivir consagradas por la sociedad y por la costumbre: una consiste en retener lo que se posee, defendiéndolo matando á quienes intentan poseerlo: es el oficio de conservador. La otra consiste en apoderarse de los bienes de estos con su voluntad, para lo cual es preciso apoderarse de su voluntad, por algunos de los medios llamados servicio, seducción, engaño, miedo, halago ó amenaza. La tercera consiste en apoderarse de ello sin tener en cuenta esta voluntad... Así habló el asesor de los ciudadanos.

**

Y pensativo fuí al templo del Destino y dije:

—Dícenme que soy hombre y que esto es la humanidad.

Pero ó la humanidad es loca ó estoy loco yo. Oh, tu, Sabiduría, hija de la Experiencia, que entiendes estos misterios; aconséjame.

Y díjome:

«He aquí el testamento de mi Madre. La vida es de la Tierra: la Tierra es de la propiedad: la propiedad es del dueño: el dueño es el fuerte que sabe echar del dominio á los otros.

«La voluntad del dueño es el orden establecido por él después que se hizo dueño para conservar en paz su dominio.

«El derecho de testar, es el derecho de hacer heredar á unos la propiedad y á otros la desherencia.

«El Derecho es el hecho. El hecho es lo que es, mientras no se deshace. La razón del Derecho es la fuerza.

«La propiedad se construye con la furia del dueño en defenderla y con el miedo de los otros en invadirla.

«Los lindes de la propiedad son la horca, la argolla, la guillotina, los grillos y las esposas.

«Unas veces el dueño ahorca en ellos al ladrón: otras veces el ladrón ahorca en ellos al dueño, y con el ahorcamiento del dueño se hace dueño el ladrón. Este es el derecho de conquista.

«La ley consagra una clase de robos y maldice otros: tan crucificado es el que no respeta los robos con-

sagrados, como el que practica los prohibidos.

«Barrabás es ejecutado por cometer robos ilegales: Cristo por oponerse á los robos legales.

«La misma ley, el mismo tribunal y el mismo procedimiento que mata á Barrabás, mata á Cristo.

«San Juan cómplice de Cristo, fué hábil y vivió, siendo un personaje de la capital. El lugarteniente de Barrabás fué más hábil que su jefe y se hizo capitalista.

«No va al patíbulo el transgresor de la ley, sino el que no sabe transgredirla en forma debida.

«Hay dos clases de gentes honradas: unos villanos y otros justos. La profesión de honradez es el mejor medio para ser villano.

«Hay dos clases de ladrones: honrados y villanos. El que roba exponiéndose á ser llamado ladrón, es un ladrón honrado. El que roba sin exponerse, es un malvado.

«La falta de maldad es la que pierde al ladrón.

«Muchos inocentes han subido al patíbulo, incluso el Hijo de Dios.

«Jamás ha subido al patíbulo un verdadero malvado.

«La justicia mata al ladrón incauto en nombre de la ley, y al justo en nombre de la conveniencia.

«El verdadero malvado antes se acredita de santo.

«No es enemigo de Cristo el testigo falso que le acusa, sino el que se sienta á su lado y come de su plato. Y esto ocurre con la ley y con la justicia.

«Estos hechos serán hechos y derechos mientras no se deshagan.

«Los bárbaros conquistaron la Europa: según el derecho de los indígenas, los bárbaros eran ladrones.

«Establecida la conquista, el indígena que intentaba apoderarse de los bienes que le habían sido robados, moría como ladrón.

«Los bárbaros y los indígenas llegaron á las paces á condición de ser reconocido el derecho bárbaro y de reconocer los ladrones los indígenas.»

Así habló la Sabiduría hija de la Experiencia.

Y me avergoncé de ser hombre.

Y dije á mi padre y á mi madre: «Me arrepiento de haber nacido hombre. Enseñadme el camino de no serlo.»

Y mis padres me dijeron: «No lo hay.

«Como á ti nos ocurrió á nosotros.

«Y por esto no establecemos aquí nuestra patria, nuestra ciudadanía y nuestro derecho.

«Somos extranjeros y aves de paso para otra patria.

«Tenemos una guía en la Iglesia. Ella te dirá.»

Y fuí, y me dijo:

«Soy maestra de la Verdad y de la Justicia. Toma y lee.»

Y con inmensas tiras de papel extendido construyó un artístico templo.

El papel estaba escrito por fuera con letras diminutas:

«Esta es la casa del Señor.

«Es un solo corazón y una sola alma: su cabeza es Cristo y la cabeza de Cristo es Dios.

«Deja el mundo á las disputas de los hombres.

«Busca el reino de la justicia y lo demás se te dará de añadidura.

«No temas á los hombres, que pueden matar el cuerpo, sino á Dios, que puede matar el alma.

«El mayor de entre vosotros hágase el menor y nadie domine á nadie.

«Todo es de cada uno en lo necesario y de nadie es lo superfluo.

«No digas esto ó lo otro es mío: si tú no te perteneces á ti mismo ¿cómo te va á pertenecer nada á ti?

«El Señor es vuestra herencia...»

Y dije: esta es mi patria.

Y llamé, y me pasaron al vestíbulo, donde estuve veinte años.

Y después de veinte años me abrieron las puertas del Sancta Sanctorum.

Y vi el Papa lleno de millones y á su derredor la turba de hambrientos.

Y vi que unos se devoraban á otros como canes.

Y vi las intrigas, malignidades, codicias, hipocresías, latrocinios, envenenamientos, mentiras, violaciones, obscenidades, infanticidios, y ejércitos de pervertidos.

Y vi la cabeza visible del Pontífice cortando á cercén las cabezas invisibles de Cristo y de Dios y devorar sus sesos y sus lenguas.

Y las turbas gritaban:

«Tú solo santo, tú solo pontífice, tú solo altísimo y santísimo... Hosanna.»

Y aturdido de tanta maldad, díjeles:

«He aquí el cancerbero de tres cabezas y el monstruo del Anticristo!»

Y el Pontífice irritado dijo:

«¡Anatema! Todos contra ese traidor.»

«Prendido sea y puesto á tormento hasta que jure ante el público estar poseído del demonio.

«No le matéis, no sea que luego los profanos carguen en nuestra cuenta su muerte sin haber probado la justicia.

«Y cuando haya confesado estar poseído del demonio, pasearle deshonestamente ante la humanidad publicando sus confesiones.

«Y luego en virtud de sus confesiones podréis asesinarle según os plazca.

Y así me torturaron y me hicieron

abjurar y me dieron la peor de las muertes.

Y dije:

«Me arrepiento de ser bautizado y de haber nacido entre vosotros.

«Dadme el pasaporte para salir.

«Según vuestra ley, falté: según vuestra voluntad, os pagué la falta con la pena. Nada os debo. Dadme la libertad que os ofrecí engañado y que desengañado retiro y reclamo.

«No saldrás del poder de nuestras manos. En nuestro reino no hay libertad de entrar ni de salir.

«Nuestra ley nos da derecho á destruirte.

«Tu carácter es indeleble.

«Renunciaste á ser hombre y serás demonio con nosotros ó serás destruido.»

Y busqué á mis padres.

Mi Madre había muerto.

Mi Padre me dijo: «aquí tienes mis ochenta años. Entiérrame.»

Y le enterré.

Y fui á la Patria.

Y me dijo:

«No te conozco sino para prenderte, para perseguirte, para escarmentarte y para destruirte.

«El eclesiástico no es ciudadano español sino siendo eclesiástico. El ciudadano español no es hombre sino dejando de ser español.

«El ser español imprime carácter, como el ser eclesiástico.

Y dije al mundo:

«He aquí un misterio de iniquidad.»

Y los Estados se encogieron de hombros y estrecharon las manos al Estado español.

Y el Estado español apretó las manos á la Iglesia.

Y cogí el Evangelio y puse al fin estas palabras:

«Utopía y Mentira.»

Y me concentré en mí mismo en la gran soledad universal.

DÓNDE ESTOY...

Sin duda el lector que haya tenido paciencia y valor de atravesar el tormentoso relato de ambas tragedias, habrá sentido algo de mis muchos sufrimientos.

Descanse ya y solácese.

Es cierto que en aquella lucha íntima perdí el cielo, la tierra y el infierno; perdí el universo en que me habían avecinado mis padres al nacer.

Sin patria espiritual, sin patria política, sin profesión, sin carrera, solo con mi conciencia y con mi esfuerzo... estoy ahora escribiendo estas líneas lleno de felicidad; la que cabe en un hogar sin rentas.

Una esposa virtuosa capaz del sa-

crificio, una hijita que va sorbiendo las ideas que ingiero en su cerebro, un hijito que ya llama á sus padres y á su hermana... luego la conciencia que me asegura que mi vida no será estéril para la humanidad...

He aquí el paraíso verdadero encontrado detrás de aquellos mundos de engaños y mentiras.

Yo respondo de la certeza de los hechos externos é internos, y usted, don José, responderá de que en mis palabras no hay artificio ni disimulo.

S. PEY ORDEIX

Advertencia

No se sirven ya á mitad de precio, por quedar muy pocos ejemplares, los libros siguientes:

«La Religión al alcance de todos.

Las Ruinas de Palmira.

Mi paso por la cárcel.

La celda núm. 7.

Cuadros de miseria.

Degradaciones y cobardías.

Humorismo anticlerical.»

De todas las demás obras anunciadas quedan bastantes existencias, especialmente de las que no se habían puesto hasta ahora á la venta.

Bibliografía

Editorial Proméleo Germanias. J. S. Valencia.

Historia de la guerra europea de 1914, por V. Blasco Ibañez. Ilustrada con millares de grabados y láminas.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Horrores de la lucha.—Asedio de ciudades.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerentes.—Personajes de la tragedia.—Retratos, caricaturas, documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y en los hospitales.—Panoramas trágicos

Todos los sábados aparecerá un cuaderno de gran tamaño con 24 páginas de nutrido texto, abundantes grabados y además una lámina suelta en color.

Precio del cuaderno: 50 céntimos

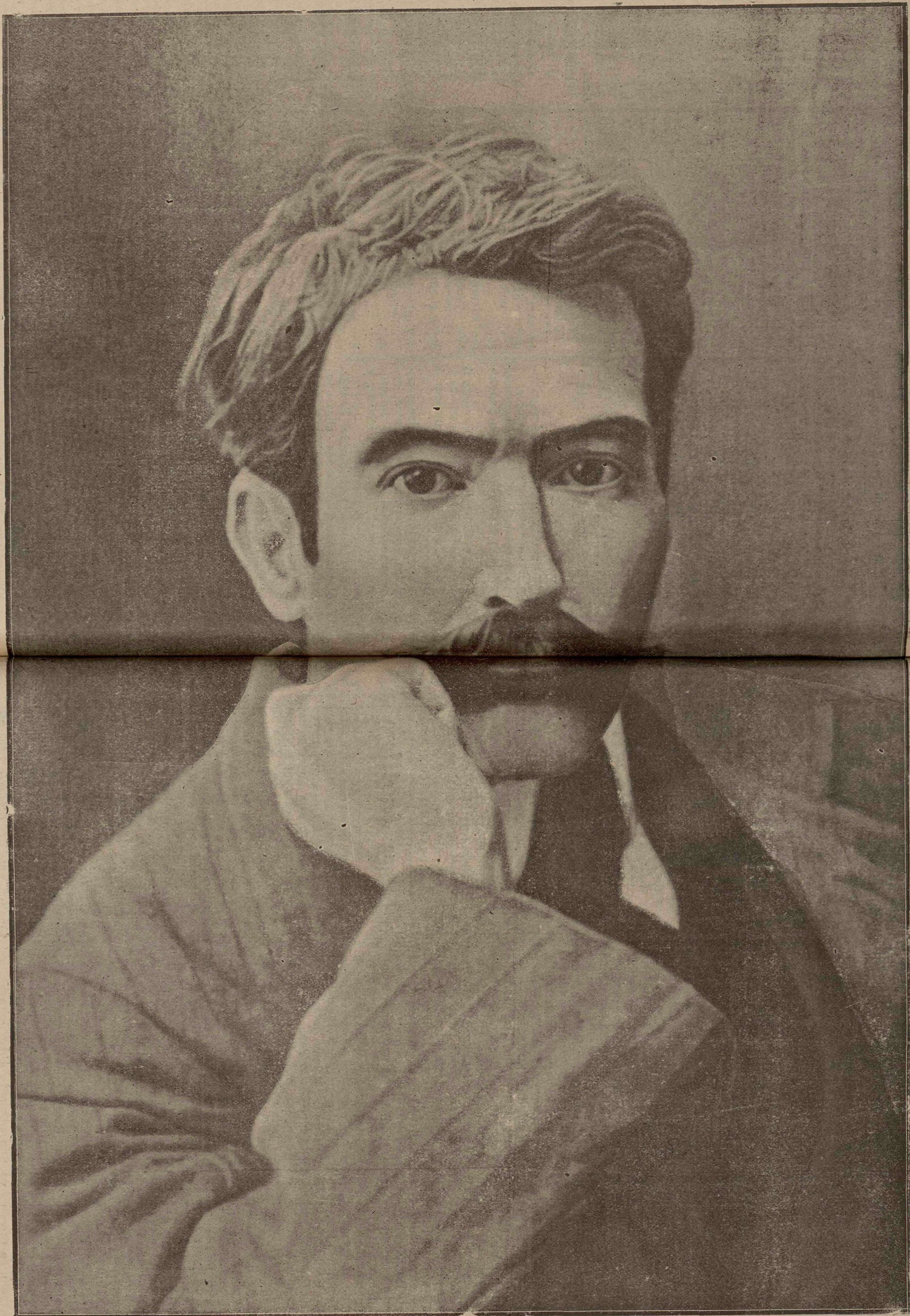
El libro más ameno, interesante y completo de cuantos se han publicado sobre esta conflagración mundial,

De venta en todas las librerías, kioscos y centros de suscripciones.

El sábado 14 del corriente, se pondrá á la venta el primer cuaderno.

Poesías festivas anticlericales

EL MOTIN



S. PEY ORDEIX

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

| | |
|------------------------------|---------|
| Suma anterior. . . . | 7385'15 |
| D. Jacinto Martín (Sevilla). | 0'50 |
| D. Francisco Luis, 0'25. Jo- | |
| sé Nogués, 0'15.—Ignacio | |
| Moreno, 0'50.—Bautista Pe- | |
| llicer, 0'50.—Jeime Escobar, | |
| 0'50. Bernardo Bonafé, 1'00 | |
| —Salvador Pérez, 0'50.— | |
| Bernardo Cobes, 0'50 Ju- | |
| ventud Republicana, 5'00— | |
| Círculo Republicano, 10'00 | |
| —D. Manuel Matosés, 1'00. | |
| —Francisco Alcober, 1'00. | |
| (Todos de Carlet)..... | 20'90 |
| Cecilio R. Blanco (Redon- | |
| dela)..... | 2'00 |
| Suma y sigue. . . . | 7408'55 |

El Dios de las batallas

Un sacerdote llamado Hein, miembro del Reichstag, escribió en la *Gazette de Voss* lo siguiente, que *Le Temps* califica de «extraña opinión de un sacerdote alemán».

«Es cierto que nuestros soldados han fusilado en Francia y en Bélgica á todos los bandidos, hombres, mujeres y niños, y han destruído sus habitaciones; pero cualquiera que considere esto como contrario á las enseñanzas de la Doctrina cristiana, muestra solamente que no tiene la menor idea del espíritu de Cristo.» A nosotros no nos parece la opinión del sacerdote alemán tan extraña como á *Le Temps*. Un famoso clérigo inglés, Charles Kingsley, defendió la guerra de Crimea como «guerra justa contra los tiranos y los opresores». Decía: «Pues Nuestro Señor Jesucristo es no sólo Príncipe de la Paz, sino también Príncipe de la Guerra, es el Señor de los Ejércitos, y todo el que pelea en una guerra justa contra los tiranos y opresores está en Cristo y Cristo en él. Cristo es su caudillo y su capitán, y ninguna causa puede ser más justa. Podéis creerlo así porque os lo dice así la Biblia.» En análogo sentido se han expresado, en todos los países y tiempos, clérigos de toda clase y jerarquía. Contra la idea general de los moralistas de que en el Cristianismo se encuentra la paz del alma, es nada menos un Chateaubriand quien nos dice: «A las almas dolorosas, ardientes y desencantadas á la vez, que habitan con un corazón lleno en un mundo vacío, se ofrece el Cristianismo, no como un puerto de refugio en la tempestad, sino como la tempestad misma que ha de llevarlas hacia un mundo nuevo».

Si bien se mira, la opinión del sacerdote alemán Hein, muy lejos de parecernos extraña, debe parecernos perfectamente lógica. Se halla de acuerdo con la historia del Cristianismo y responde á la idea dominadora, imperialista, que en el fondo de todo misticismo late. El profundo psicólogo Villiam James, en uno de sus admirables estudios sobre el misticismo, ha dicho: «Toda religión muestra siempre, al menos en su primera fase, el espíritu de las hondas preocupaciones y necesidades que aspira á satisfacer. Los profetas, los videntes, los devotos que fundan un culto nuevo no proclaman un Dios que les sea «indiferente», sino un Dios del cual «puedan servirse»; que, como dice el profesor Leuba, les proteja contra el diablo ó «extermine á sus enemigos». Es el Señor de los Ejércitos, el Dios de las batallas de todas las religiones; el Dios propicio, aliado, que invocan judíos, cristianos y mahometanos en las luchas con que ensangrientan la tierra; el Dios vengador que los fieles cristianos invocan cuando el odio sectario rompe la unidad de la Iglesia y enfurece á católicos, luteranos y calvinistas...»

El sacerdote alemán Hein se halla de acuerdo con Lutero, el fundador de la religión nacional alemana. Lutero, el primer hombre de la Alemania moderna según Heine, según Carlyle uno de los héroes de la humanidad en el mundo, era, en el fondo, un bárbaro; una naturaleza impulsiva y violenta que sentía furrores inquisitoriales, y, considerando como perros rabiosos á los campesinos insurreccionados contra sus príncipes y señores, cerraba el corazón á la misericordia y afirmaba el imperio de la cólera y de la cuchilla. M. Imbart de la Tour, prefiriendo el pequeño grabado que se conserva en la celda de Wartburgo al célebre retrato de Cranach, predilecto de Carlyle, nos lo muestra «echado el cuerpo hacia adelante, pronto á caer sobre el enemigo; las manos huesosas, esgrimiendo la Biblia; demacrado el rostro, de rasgos duros, de mirada brillante, casi encendida por la fiebre; los labios fuertes, en tensión, hinchados, como para tocar á las muchedumbres la diana de la fe nueva; todo pasión, movimiento, energía inquieta, voluntad indomable». Como en Lutero, alma medioeval, la idea mística late en todos los grandes hombres de acción de Alemania. Bismarck, entregado al influjo pietista, sufre éxtasis místicos; al frente de los negocios públicos se proclama aliado de Cristo, en el cual ve una potencia á lo Jehovah, y cuando, después de Sadowa, recibe el título de conde, elige esta divisa: «In trinitate robus». Y el mariscal Moltke habla de la guerra como de

una cosa divina: «La guerra—dice—es uno de los elementos de orden establecidos por Dios. En ella se manifiestan las más nobles virtudes del hombre. A no ser por la guerra, el mundo degeneraría y antes de mucho se hundiría en un fangal de materialismo.»

Y no es el imperialismo alemán una excepción en el mundo. La guerra es un juicio divino aun para hombres como Renan. El nacionalismo francés de los De Mun, los Bourget, los Maurras, los Barrés—como el inglés de Kipling y todos los nacionalismos—se halla fuertemente impregnado de misticismo. Era el conde de Mun, el viejo caballero cristiano, el que empujaba á los soldados franceses, con sus inflamadas arengas patrióticas, á la conquista de Marruecos. Antes de estallar el actual conflicto, Paul Bourget, en una página literariamente maravillosa, hablaba de la guerra como de la Regeneración sagrada...

Es todavía, al cabo de tantos siglos, el influjo de lo subconsciente, como diría Marx; el velo místico que cubre la realidad á nuestros ojos. Hasta el día—á lo que parece, lejano—con que la humanidad, clarividente, rompa el encanto de ese velo, tendrán la palabra las lenguas de hierro y los Krupp, y los Scheneider resonarán formidablemente sobre el silencio de los pueblos aterrorizados ó envilecidos.

ALVARO DE ALBORNOZ

El mes fructífero

Ea, amados presbíteros, ya estamos en el mes de Noviembre, mes consagrado á los difuntos, cuyos huesos sentís regocijo en remover, y cuyas almas colocáis entre las llamaradas del Purgatorio. Este es vuestro mes, el mes por excelencia que chorrea responsos, misas, suffragios y funerales, y demás repertorio fúnebre para extraer monedas de las bolsas de los temerosos y de los apocados ante los espeluznantes misterios de ultratumba en los que no creéis vosotros. ¡Si lo sabré yo que os he tratado en la intimidad durante años, y os he visto entre bastidores despojados de la carátula de la farsa!

El Purgatorio no da ya en este siglo impío xx el producto que hace unos cincuenta años, sobre todo en las ciudades populosas, es verdad; pero aun chorrea perras y pesetas, y no falta pechos sensibles que lloran á moco y baba al escuchar los fúnebres ecos del *Dies iræ*, y las notas graves de vuestros piporros aguar entos; todavía hay almas que temblan al oír al histrión que se desahoga de cribiendo los horrores

de la mansión ignea purificatoria mientras está pensando en el refajo de lana que le va á comprar á la Nicanora con los cuatro duros de la terrorífica perorata. Si, si, todavía se lleva el bonete de los clérigos de perras y pesetas con los responsos recitados de prisa y á medias, mientras se digiere el alon de pavo ó el cordero asado de la comilona del día de Todos los Santos.

En el mes de Noviembre se nivela el presupuesto clerical desnivelado; hay misas *de plus*, sermones, funerales, sufragios, novenarios, y con esto se adquieren prendas de abrigo, se hace un traje la Ruperta, se calzan los sobrinillos, se compra unos calzoncillos de franela para resguardo del reuma, y se guardan algunos duros para los turrónes de navidad que ya están á la puerta...

¡Mes bendito, bendito mes! ¡Alabado seas mil veces, riquísimo flón del Purgatorio en cuyo fuego se cuecen todas las ollas clericales! ¿Qué sería de la Iglesia sin muertos, sepulturas, purgatorio, apariciones, ánimas y cementerios? La Iglesia, como los gusanos de las tumbas, vive y engorda á costa de los muertos; son su vida, y ella sola posee la maravillosa alquimia para transformar huesos podridos y piltrafas humanas en cuerpos bien cebados, en orondos señores que comen á dos carrillos gracias á los muertos.

La miradas clericales se dirigen con envidia este mes á los países que están en guerra. ¿Qué fructíferas hecatombes, cuántos miles de cadáveres, cuántas misas y sufragios se chuparán los curas belgas y franceses!...

¡Mes de Noviembre, bendito seas! Benditos tus sufragios, tus funerales, tus misas, tus sermones, novenarios, doblar de campanas, responsos, porque ellos son el pan de los curas, la alegría de su hogar, el consuelo de los sobrinillos, la tranquilidad de la Dorotea, que estaba casi desnuda la pobrequita!...

FRAY GERUNDIO

El cachorro enjaulado

Le aseguro á usted que es el único cachorro del León—me dijo el amigo Manuel Marraco, hablándome una tarde de Angel Samblancat, preso en la cárcel de Predicadores por un rezagado delito de imprenta.

Bastó aquello para que se enardeciera mi viejo deseo de conocerle, nacido al calor de sus escritos; prosa encendida, restallidos de una pluma que es látigo, manejada por una mano implacable, obediente á los impulsos de un corazón que arde en anhelos de reivindicación.

Y fué una tarde de este otoño se-

co, tarde sombría y turbulenta, azotada por ráfagas heladas de viento del Moncayo, cuando mis pasos se encaminaron hacia el negro caserón de los Villahermosa, en donde si los vaticinios de mi amigo se confirmaban había de encontrarme con el único cachorro del León de Graus.

Traspuesto el umbral de la prisión, al cruzar el patio camino del rastrillo, mis ojos tropezaron tras una reja con la mirada franca de un hombre joven, sentado en una butaca, lector de un libro bajo la luz cernida del cielo gris. Adiviné á Samblancat, puesto que él y no otro era quien llenaba las horas interminables de su encierro con su ocupación favorita.

Leer, leer siempre, devorar libros para ir alimentando un insaciable deseo de cultivar la inteligencia, de abrir nuevos horizontes á la avidez de los ojos inquiridores sobre el misterio de las cosas, y tentar nuevas rutas por donde pudieran encaminarse los hombres en éxodos peregrinantes hacia lejanas tierras de promisión.

Leer, leer siempre, dársele libre el espíritu en las desatadas inquietudes de sus ignorancias atormentadoras, en los anhelos incontenibles de sus atisbos cerebrales, desconocidos caminos que para unos conducen á la sabiduría y para otros á la locura.

Leer, leer siempre, lo viejo y lo nuevo, á quienes hablan de ayer y á quienes sueñan con mañana, la experiencia de los ancianos y la loca inconsciencia de los jóvenes, las obras eternas, fundamentales, definitivas, y los libros pasajeros, circunstanciales, nacidos sin más fuerzas que las de una vida efímera.

Leer, leer siempre, no dejar de leer.

...

Angel Samblancat es un hombre joven, de afeitado rostro, robusto de cuerpo, con anchuras de pecho que denuncian una salud excelente, una vida plena de energías. Al darme la mano sufrí una sorpresa. Esperabais el apretón de un cíclope, y recibí la impresión de haber estrechado un guante. Dijérase que Samblancat puso empeño en humanizarse al saludaros, y no es eso, sino que bajo aquel recio cuerpo de montañas late un corazón de niño, de niño grande, soñador y romántico, que está quemando los perfumes de su espíritu en el fuego de un ideal redentor.

La cárcel, al recibirlo, quiso templar sus rigores, como si adivinase la injusticia de enjaular á un cachorro que necesita para vivir el aire libre de la selva. Quiso, pero no pudo, y la celda de Samblancat presidida por pequeños retratos de filóso-

sofos y poetas, puestos sobre una mesa que cruje bajo el peso de copioso rimerio de libros, tiene una sola cosa que la hace aceptable, pero que no está en el suelo frío, ni en las paredes desiertas, ni en la seca monotonía de su ventanal enrejado, sino en la conformidad del preso teniendo un libro nuevo entre las manos como el cachorro no ronda las rejas cuando en el centro de la jaula halla un trozo de carne que roer.

Junto á Samblancat las horas pasan insensibles, charlando de libros y de autores, españoles y extranjeros, clásicos y modernos, descubriéndonos su amplia cultura, al poner al margen de cada libro, de cada autor ó de cada doctrina, un juicio personal, conciso, expuesto en dos palabras, que señala de relieve la clarividencia del espíritu de este joven luchador aragonés, único que puede alzar su frente como heredero de Costa, del León, manteniendo en su pecho las mismas intransigencias rebeldes para el infecto ambiente político de esta España irredenta.

Mas no se crea que su charla fluye á lo pedantesco, sino todo lo contrario. Con suma naturalidad expone sus ideas y apunta sus opiniones, que van saliendo como quien tira de una cereza en un montón de ellas, sin que Samblancat haga nada por traer á cuento el fruto de sus lecturas, sino porque naturalmente las unas arrastran á las otras.

Por todo esto resultan deliciosos los momentos pasados junto á Samblancat, sin llegar un instante de decaimiento para la conversación, sin que el pensamiento dé vueltas en su celda para ir sustituyendo madejas en la devapadera de la charla.

Hay un momento en que Samblancat gira su cabeza hacia el exterior, y sus ojos se posan con tristeza en una escena que se desarrolla en el patio de la cárcel, entre unos muchachos y los soldados de la guardia. Unos listones en rectángulo, con unos cuernos en su lado menor, sirven á los chiquillos para entretener sus ocios adiestrándose en la brutal afición española de los toros. Un soldado ha cogido aquel artilugio, y metiendo en él su cuerpo, se dispone á dar un derrote á un compañero, plantado delante con la misma fiereza que si estuviese ante un miureño hostigado y traidor. Los chiquillos forman el público, y Samblancat, sin mover sus labios, aunque bajo ellos adivinamos el borbotar de mil airadas indignaciones, pone en sus ojos tal impresión de tristeza, que diríase estar cruzando ante ellos el desfile de todas las desgracias nacionales.

Hablando, hablando, no hemos advertido que el cielo ha enfoscado por completo su rostro, el ventanal ha dejado de enviarnos su luz, y

sobre la cabecera del lecho hinchóse de resplandores la ampolla cristalina de una lámpara eléctrica.

Varios golpes en la puerta nos anuncian la necesidad de partir. Se descorre un cerrojo, y en el marco sombrío de la entrada aparecen dos empleados, que, sin hablar, se hacen entender. Nos despedimos de Samblancat, y al cruzar el rastrillo pesa sobre nuestro pecho la impresión angustiosa de haber dejado tras él una amistad entre rejas.

Ayer, á través de los hilos, llegó una palabra que alegró nuestro espíritu, entristecido desde que estrechamos la mano del cachorro enjaulado. Amnistía, libertad para los presos por el terrible delito de pensar.

Deseábamos pedir, con todo respeto, la libertad provisional para este joven intelectual aragonés, el único entre los discípulos de Costa que puede ufanarse de haber heredado su corazón. Creemos que ya no será necesario, y muy pronto sabremos la buena nueva de que Samblancat ha salido de su celda, de que el cachorro ha dejado su jaula.

J. GARCÍA MERCADAL

La Crónica (Zaragoza.)

Deberes de un buen liberal

«No contraer matrimonio religioso.

No bautizar sus hijos.

No aceptar padrinzos de casamientos, bautismos ni confirmaciones.

No confiar á la Iglesia ni á sus adeptos la educación de sus hijos.

Hacerse enterrar civilmente.

No celebrar funerales, ni asistir á ellos, ni pedir oraciones para los muertos.

No dar á gente de Iglesia dinero bajo ninguna forma ni pretexto, ni aún con fines aparentes de beneficencia ó caridad.

No asociarse ni prestigiar, directa ó indirectamente, ninguna ceremonia religiosa.

Mantener lejos del hogar y de la familia á los llamados ministros del Señor.»

Esto pone en la cubierta de los folletos que publica la *Asociación de Propaganda Liberal*, de Montevideo.

Ignoro si en la palabra *liberal* van incluidas todas las fracciones de la democracia.

Si es así, nada digo; mas si no, advierto que en esto van allí delante de nosotros.

Yo no me atrevería á señalar esos deberes á los que se dicen demócratas, ni al mayor número de los re-

publicanos, ni á muchos librepensadores.

Porque no me harían maldito el caso.

En los mitins y al final de los banquetes, mucho tronar contra el clericalismo.

En la vida civil, á los pies del cura.

Y que la señora y los niños vayan á misa y frecuenten los sacramentos. Hay que ser tolerantes.

¡Mamarrachos como ellos!...

POR UNA VEZ

No es cosa nueva para *El Imparcial* la tenaz y calumniosa propaganda que contra él se hace por determinados elementos. Con frecuencia — aumentada, por cierto, en estos últimos tiempos — llegan á nuestro poder hojas sueltas, estampas y circulares tratando de restar á nuestro periódico el afecto y el respeto de sus lectores: afecto y respeto consolidados en el medio siglo de existencia que pronto cumplirá *El Imparcial*.

Nunca nos ocupamos de semejante propaganda, porque el desprecio es, sin duda, la mejor protesta, y además porque contra cierto linaje de insidias si no se encuentra la defensa en la propia historia y, sobre todo en la cultura pública, es inútil combatir.

Pero hoy llega á nuestras manos una hoja que, por ser modelo en las de su género, nos incita á no arrojarla al cesto y á darla á conocer á nuestros lectores.

No es posible llevar á mayor extremo la confianza en la incultura de las gentes y el absoluto impudor en la mentira.

La nota predominante en lo que vamos á copiar, con ser grande la intención, es la necedad supina. Perdonen los lectores, si por excepción, les ofrecemos la siguiente muestra:

«BUZÓN DE «LA HOJA»

No sabía que la Iglesia hubiese prohibido la lectura de algunos periódicos hasta que lo leí en *Hoja Parroquial*, y desearía me dijese si *El Imparcial* está en el número de ellos.—M.

La lectura de ese periódico está prohibida por muchos señores obispos, y aunque á un buen cristiano debe bastar saber esto, ahí lleva algunos de los fundamentos en que se apoya la prohibición, que extractamos de un apreciable colega:

1.º Búrlase del sacramento de la penitencia, considerándolo inútil para alcanzar el perdón de los pecados.

2.º Ridiculizó á Su Santidad el Papa Pío X, en una crónica del famoso «Tedeschi», reproduciendo un

sinnúmero de cuentos y anécdotas, «intimidades del Vaticano», como él las llamó, por las que resultaba el santo Pontífice hipócrita, miserable, glotón, tacaño, etcétera, etc.

3.º Ha defendido abiertamente y sin velos las impiedades del modernismo religioso.

4.º Búrlase de la canonización de los Santos, diciendo que hay pendientes de estudio nada menos que 320 expedientes de canonización, ninguno de los cuales quedará por resolver, por las «300.000 liras» que cada uno produce al Vaticano.

5.º Ataca el dogma de la Santísima Trinidad, que llama politeísmo de los trinitarios, y en el que dice ha habido adiciones fraudulentas á la doctrina primitiva, contrarias á la dignidad metafísica de Dios y á las enseñanzas de Cristo y los apóstoles. Dice que este dogma no pertenece al Evangelio, que está en contradicción con el espíritu judío y con todo lo que se «atribuye» á Jesús por los evangelistas, á los cuales llama «primeros forjadores de la leyenda cristiana».

Lo dicho basta para dar una idea aproximada de la labor cristiana y católica de *El Imparcial*.

Busque el Sr. M., si no quiere errar en materia de periódicos, aquellos que lleven al frente de sus páginas esta inscripción: «Con censura eclesiástica».

Nota. Algunas personas desean que *Hoja Parroquial* resuelva las consultas que á ellas se les ocurran. Para satisfacer este deseo, pueden depositar el papel con la pregunta en el cepillo colocado sobre la pila derecha del agua bendita.»

Créame *El Imparcial*: el desprecio importa poco á los clericales. Sin idea siquiera de lo que es la dignidad y la vergüenza, únicamente son sensibles al latigazo en la cara y al puntapié en la parte por donde más pegan.

Ensáyelo y me dará la razón.

Los clericales franceses

Siento predilección por EL MOTIN. Desde hace muchos años fué el periódico que más me satisfacía; el que mejor encarnaba por su independencia y orientación mi criterio, que consideraba el mejor, por lo cual lo llamaba *mío* y por tal lo adoptaba.

Que más de una vez disenti del criterio de EL MOTIN, no hay para qué lo diga. Ello es propio de los que no toman las ideas hechas como se compra un traje en un bazar; pero demócrata, que recabando para sí el derecho á pensar como mejor le plazca, no lo monopoliza, sino que también lo reconoce en los otros,

admiré en EL MOTÍN de Nakeus, el maestro de casi todos, la rectitud de sus miras. Pudo errar, que es propio de humanos hacerlo, pero supo rectificar con la nobleza de quien en el yerro, si pudo poner pasión, eso que es el acicate de las convicciones, eso que constituye el nervio y el alma de las ideas hondamente sentidas, no dió pie jamás á que se descubriera en su conducta el móvil del interés bastardo, esa lacería de la vida de nuestros políticos al uso.

Y van encaminadas todas estas sinceridades, que sé han de contrariar á D. José, á justificarme á mis ojos el por qué, mereciéndome tan grandes simpatías EL MOTÍN, no le envío con frecuencia los pobres, pero sinceros artículos míos.

Escribir en estas circunstancias es difícil. Casi no es posible hablar más que de la guerra y sus horrores, y todo eso el telégrafo y la prensa diaria se encargan de transmitirlo con oportunidad que no cabe esperar de crónicas escritas para un periódico semanal.

Añádase á esto la demora de ocho ó diez días que han de mediar por la perturbación de los correos, y escriba en estas condiciones quien sea capaz de viajar en carreta cuando el ferrocarril devora kilómetros con la misma voracidad que los clericales se tragan herencias!...

Y después de este largo y pesado exordio que juzgué necesario, voy al grano.

Y el grano, claro está, lo constituyen los clericales franceses.

Algunos colegas míos, muy queridos y respetados, hablando de los clericales y la guerra han exagerado más de lo justo. La distancia á que veían el asunto de sus artículos, agrandaba, lejos de empequeñecerlos, los objetos. Tomaban por montañas, lo que en realidad son granitos de arena que puede aplastar el pie ó barrer la escoba; consideraban casi como estado general de conciencia, lo que es aspiración de unos cuantos, no tantos como se cree, ciudadanos franceses.

No quiero que se me crea sin aducir pruebas.

El clericalismo que trabaja, sí, trabaja, como los topos, había logrado imponer en la Marina la práctica religiosa del jueves y viernes llamados santos en los puertos en que pudieran hallarse anclados sus buques, tiempo há, y á tiempo, una disposición ministerial echó por tierra la abusiva y anticonstitucional intromisión de los clericales en asuntos á la Marina concernientes.

El clericalismo trabaja, sí, labora en Francia en la sombra, cauteloso anda buscando los repliegues del alma francesa para depositar en ellos su larva corruptora.

Me aventuro á decir que vería con

satisfacción la derrota de la República, aún deseando como patriota el triunfo de Francia.

¿Paradoja?

No, viviente realidad. El contrario está en los que no han visto que tan connaturalizadas se hallan Francia y la República, que nombrar la una equivale á designar la otra.

¿No se vió ya en las últimas elecciones generales que el mayor contingente de votos en favor de las soluciones representadas por los caudatos de la extrema izquierda lo dieron las poblaciones rurales, las poblaciones agrícolas, mientras que en los grandes centros de población, allí donde vive y triunfa la burguesía, á duras penas alcanzaron sus puestos los radicales socialistas, sino sufrieron una derrota?

Señalé á su tiempo este avance de la opinión rural; me congratulé de que el alma de los que sufren, trabajan y producen, se haya de tal suerte compenetrado con las instituciones republicanas, que no concibe á Francia sino republicanamente regida, es decir, bajo el régimen que le ha dado más pan, mayor bienestar y más libertad, esa trilogía que hace amable la vida.

Pueden los fuelles clericales soplar sobre la hoguera religiosa; es sólo un montón de cenizas, sin rescoldo de vida. La chispa del entusiasmo que enardece las almas, no brotará de ella. Voltaire con sus sarcásticas sonrisas, la Enciclopedia con sus enseñanzas, acabaron con la fe religiosa.

La Vendée es un cadáver yerto... Los que intentan reanimarla no son creyentes, son Tartufos de guardarrropía, gentes que van á lo suyo, y que si aparentan creer en Dios, lo hacen, por qué según la frase de Bartrina, ven en él un guardia civil que vela por la conservación de sus bienes mundanales.

Semanas atrás lo vimos. Sin duda para no desmentir aquello de que «tras la Cruz está el Diablo», amparado el clericalismo tras la «Cruz Roja» en esta guerra terrible, inenarrable, intentó proseguir su obra de proselitismo imponiendo medallas á los heridos, acercando el crucifijo con la imagen de un redentor ilusorio á los labios de los enfermos y los moribundos.

Era sarcástico ir á hablar á las víctimas de una lucha fratricida en nombre de un Dios de paz fracasado, á cuyo amparo se ha derramado en el mundo más sangre de la que hará correr el hombre fiera en la actual belicosa contienda.

Sabido es que la República paró los pies á los clericales que se aventuraban por torcida senda, mediante una acertada disposición gubernamental.

No, el clericalismo no constituye aquí un peligro. Al *Te Deum* que intentó cantar unavictoria, le habrá tomado la delantera *La Marseillesa* que la hizo alcanzar.

No, el clericalismo no constituye aquí un peligro. Los mismos clericales se encargaron de ponerse el *inri* de la derrota por la mediación de autorizadas voces.

En 10 de Agosto último el arzobispo de Rennes publicó una pastoral en la que, entre otras cosas, decía: «Francia seguramente merece los castigos que sobre ella caen por su indiferencia siempre creciente, por su gusto inmoderado del lujo, por su pasión desenfrenada de los goces y del placer, por sus actos sectarios contra Dios y contra las almas.»

En plena guerra ya, en 8 de Septiembre, escribía al clero el arzobispo de Auch: «¡Cerca de veinte mil sacerdotes arrancados de sus parroquias! (los movilizables con arreglo á la ley militar francesa) Esto constituye un crimen nacional.»

No se pongan moños los clericales franceses porque los suyos se batan bien en la línea de fuego. Allí, por espíritu de conservación, con tonsura ó sin ella es preciso matar para ver si se logra no morir.

Den los clericales franceses gracias á la República, que, por espíritu igualitario, les concede el derecho de pelear y morir como cualquier otro ciudadano.

Para la casta clerical es un honor.

Un honor innmerecido.

CRISTOBAL LITRÁN

Montpellier, 29-X 914

NO LO CREO

Dicen de Roma con fecha 7, que según informes procedentes de Berlín, el Kaiser ha dirigido esta proclama á los polacos:

«Polacos: No habréis olvidado que una noche las campanas del santo monasterio de Swiadogorski comenzaron á sonar sin intervención humana.

Las personas piadosas comprendieron que un gran acontecimiento se anunciaba con ese milagro.

El acontecimiento era mi decisión de declarar la guerra á Rusia, restaurar los santos de Polonia y anexionar ese país á Alemania.

Le tenido un sueño milagroso: la Santa Virgen se me ha aparecido, invitándome á salvar el convento que vosotros veneráis; me ha mirado con lágrimas en los ojos, y me he decidido á cumplir el divino mandato.

Polacos: Acoged á mis soldados como hermanos y salvadores.

Perezcan los que están contra mí.

Dios está conmigo y también lo está la Santísima Virgen, que ha mo-

vido á Alemania á socorrer á los polacos.»

Creo á los alemanes capaces de apelar á todos los medios para extrañar la opinión y ganar prosélitos para su causa.

Pero, francamente, no creo que su emperador haya lanzado esa proclama, aunque se crea el brazo de Dios.

Sería una ridiculez estupendamente enorme.

La semana de guerra

CONFLICTO PARA LAS ORDENES MILITARES

Metióse Turquía en el conflicto, poniéndose al lado de Austria y Alemania. El Sultán de Constantinopla, mahometano, el rey de romanos, católico, y el Kaiser, luterano, forman hasta aquí la trinidad belicosa. El genio militar en los tres imperios es el alemán, que ha prestado sus jefes á austriacos y turcos, por lo cual puede considerarse á estos ejércitos como soldados del Kaiser, con la ventaja de cobrar sus sueldos en otras naciones.

Al debutar Turquía en este paso trágico, el mundo se preguntó qué clase de juego lleva á la contienda. pues nadie ve lo que puede ganar, y todos creen que le será milagro no perder.

Los agoreros anuncian que el Sultán ahora va á reconquistar el famoso título de Cabeza de Turco, para toda Europa.

Este acto del gran Turco ha suscitado entre los moralistas de las Ordenes Militares, un problema interesante. ¿Qué van á hacer ante el conflicto los beneméritos calatraveses, los invictos santiagueses, los intrépidos del Santo Sepulcro, los legendarios sanjuanistas y demás caballeros cruzados? ¿Qué efecto producirá en sus cruzados pechos, la aparición de la media luna en el campo cristiano?

Hasta aquí se manifiestan neutrales: en cuyo caso, y para tal viaje y para tal oficio huelgan las cruces, las órdenes, los hábitos, las rentas, los títulos, los capellanes, el priorato, los estatutos, las capillas y las ceremonias. Se lo preguntaremos al Cristo de Lepanto y al caballero señor San Jorge.

Se ha temido durante unos días que la decisión de Turquía fuese la chispa que prendiese la llama de la guerra santa en todos los pueblos del Islam contra la Europa latina. Por suerte de los bautizados, los musulines no andan en mejor concordia que nosotros. Tienen allí sus cismáticos, sus protestantes, sus católicos, sus frailes y aun sus jesuitas en terribles Sinnsis, que están á ma-

tar con sus correligionarios. Lo cual ha hecho que los pueblos mahometanos hayan hecho del grito de guerra dal Padre de los Fieles de allá, el mismo caso que los cristianos europeos han hecho del grito de paz del Padre común de los fieles de acá. Ni estos deponen las armas para asegurar el cielo católico y ganar las indulgencias pontificias, ni aquellos las toman para tomar billete de entrada en el edén de las huríes.

¡Que Alá les conserve la rebeldía á los moritos, para que podamos exclamar llenos de agradecimiento: ¡Alá es grande!

HOY COMO AYER...

Los telegramas de la guerra en Francia y Bélgica, adquieren una monotonía semejante á la del telegrama de Martínez Campos sobre el cañoneo de la costa africana: «Sigue el fuego lento de cañón», decía el lunes y el martes y el sábado.

Los telegramas de ahora vienen á decir: «hoy como ayer... combates encarnizados... la batalla indecisa...»

Pero se engaña el que cree en la letra de esas noticias.

Este «hoy como ayer» significa que han caído sobre el campo de los aliados cinco mil granadas enemigas: hoy como ayer han causado las bajas consiguientes, rellenadas con elementos de refresco: «hoy como ayer», treinta millones gastados en destruir; «hoy como ayer» varios millones de hogares llenos de lágrimas; «hoy como ayer» á las bajas causadas por la metralla enemiga, se suman los millares de bajas causadas por las enfermedades internas agudizadas en la vida de trinchera; los medio enfermos de ayer que han caído enfermos hoy; los que despertaron sanos y se duermen invadidos de la enfermedad... No hay un hoy como ayer. La circulación del río de la muerte arrastra hoy en su corriente á muchos millares que ayer estaban en la orilla: hoy el enemigo es menos poderoso que ayer... porque no cuenta ya con los elementos gastados ayer.

Y así, hoy como ayer, se ha adelantado un día la fecha del término de la guerra, preparando un mañana peor, que á su vez pasará á ser el ayer de otro hoy más luctuoso.

ALEMANIA FRACASADA

Sea cual fuere el resultado final de la guerra, desde hace tiempo el fracaso de Alemania es un hecho notorio. Su ejército iba á celebrar su triunfo en París. Vino á Francia, vió á París... y se volvió corrido. Hasta aquí lo único que ha demostrado Alemania es su superioridad sobre Bélgica: la nación mayúscula, sobre la nación minúscula.

Para poder tomar unas cuantas ciudades belgas, necesitó cuarenta

años de preparaciones bélicas, de espionajes mundiales y de sacrificios gigantescos. Necesitó armarse hasta la nuca; movilizar todas sus fuerzas, lanzar á la muerte varios millones de sus jóvenes; volcar el erario nacional; entregar á la batalla sus príncipes; jugar la vida del imperio; atropellar un país amigo; rasgar sus pactos; ciscarse en las leyes de la guerra; llenar de luto su territorio...

Y París sigue sin tomar.

En cuanto á Austria, los autores ó cómplices del crimen de Sarajevo, á cuya persecución ha sido sacrificado el pueb'o austro-húngaro... siguen como antes de la guerra.

El fracaso es, pues, notorio. La guerra ha sido para ellos ya un mal negocio.

Y todavía la pelota sigue en el tejado... En el tejado de los palacios imperiales. Es la pelota rusa, que no hallan manera de arrojar.

PEDRO EL PESCADOR

He aquí, como el Padre Santo intenta aprovechar la guerra europea.

Un personaje del Vaticano ha declarado al corresponsal del periódico milanés *Il Corriere della Sera*, que el Papa ha iniciado con Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania y Austria negociaciones diplomáticas para lograr que el Vaticano esté representado en la futura conferencia de la paz, en la que se propone pedir que la llamada ley de garantías se transforme en pacto internacional, garantido por las potencias.

Como compensación, renunciaría el Pontífice á sus pretensiones al Poder temporal.

Benedicto XV prevé que Italia rechazaría el pacto; pero confía en que las citadas potencias obligarían á dicha nación á aceptarlo, dado el aislamiento diplomático en que se hallaría Italia en caso de que siga guardando su neutralidad hasta la terminación de la guerra.

Si tal información es cierta, las declaraciones del citado personaje explica la campaña de la prensa vaticanista porque Italia se mantenga neutral, cueste lo que cueste.

Después de leer tales noticias, no se dirá que sea injustificado el título de Pescador que usa el Pontificado. La ganancia que espera lograr, no es moco de pavo.

A río revuelto...

Aunque el Papa, á nuestro entender madruga, demasiado. Cree que la guerra dejará una Europa como la antigua, en lo cual es posible que se lleve chasco.

El fracaso político del Pontificado es absoluto é irremisible. Nadie hace caso del Papa: ¡ni los jaimistas españoles!

Requiescat in pace. Amén.

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

do menos mármoles para labrarlas, estatuas, relieves, pórfiros, bronce y otras cosas necesarias para levantar y hermosear la iglesia; prohibición que fué sumamente grata á la Iglesia misma, celosa defensora de la libertad evangélica, la cual jamás se confundió con la libertad que vociferan los hombres del siglo.

**

Por entonces también levantó Pisa su famosa catedral, construída con el botín que sacaron los pisanos de seis barcos sarracenos, de los cuales quemaron devotamente cinco con su contenido de infieles, y consagraron el otro á Dios.

**

¡Ah! Cuando te levantaban la iglesia de San Marcos, y la catedral de Pisa, y las iglesias de Santa Ursula y San Andres en Colonia, y la de Beauvais, y la catedral de Worms, y las de Maguncia, y Winchester, y San Germán de los Prados... ¡oh! entonces todo era piedad, gloria y paz, y no se veían los hombres agitados por vanos cuidados terrenales, ni las disputas políticas turbaban las mentes de los hombres de baja esfera.

Entonces eran religiosos los pueblos y se mancomunaban todos los esfuerzos para levantar catedrales como la de Pisa, monumentos como el de San Marcos, indispensable á la piedad de los venecianos, sobre todo después que en un motin ocurrido en 976, el pueblo había reducido á cenizas la catedral antigua.

Por esto sobraba el dinero...

No porque el pueblo quemase catedrales, no; sino porque las levantaba.

**

El pavimento de la Confesión de San Pedro y San Pablo en Roma, se cubrió con cuatrocientas cincuenta libras de oro, y la balastrada de plata que se colocó á la entrada del santuario, fué de mil quinientas setenta y tres libras.

¡Si parecía que aquello no iba á acabar nunca!

**

Los impíos se regocijan con que á tanta riqueza eclesiástica haya sucedido tanta miseria; consolémolos nosotros con que á lo menos nadie le puede quitar á la Iglesia el haber poseído mucho.

**

Sí, impíos, sí; de pórfiro eran las columnas con que León III rodeó las pilas de la Iglesia de San Andres! ¡Sí, ateos: solamente para labrar el mármol, el oro, la plata, el hierro, las maderas preciosas y el marfil para la abadía del Monte Casino, envió á buscar operarios diestros á Lombardía, á Amalfi y á Constantinopla el el abad de aquel humilde retiro! ¡Sí, descamisados, que no tenéis más goce que los del oro: ¿sabéis cuánto costó el ante-altar de San Antonio de Milán? Pues costó 30.000 florines, mal que os pese, y tiene la parte de afuera de oro, y la de adentro de plata sobredorada!...

**

Tal era el afán de la Iglesia para que el dinero no anduviese en manos de los pecadores, que siendo ella quien había promovido la cruzada de Europa contra el Asia, cuando Clemente IV impuso al clero la contribución de un diezmo sobre sus bienes por espacio de tres años, el clero reclamó enérgicamente, y se negó á pagar por ser cosa enteramente contraria á sus costumbres y objeto; y hasta amenazó con promover un cisma, y aun alegó que las cruzadas anteriores no habían tenido buen éxito, precisamente porque se había empleado en ellas dinero que pertenecía al sacerdocio.

«¡Pagar el clero!» decían, «esto en el mundo al revés; es la subversión de todos los principios sociales; y sobre todo, es conspirar contra las almas adineradas que pagaron en la tierra su escote por despacho de todos los documentos necesarios para tomar carta de naturaleza en el cielo.»

**

Afortunadamente para aquella guerra eminentemente religiosa, el gran Khan de los mongoles hizo lo que no hacía el clero católico, y ofreció sus recursos á los cristianos, y la hoy herética Inglaterra dió algo, así como también el rey de Portugal y Jaime de Aragón; Alfonso de Castilla dió cien hombres y cien mil maravedís de oro, y la orden de Santiago dió también algún dinerillo, y merced á esos esfuerzos, las almas fueron despachadas en regla y las iglesias conservaron su oro y su plata labrados y acuñados y todos los chismes de salvación.

**

Pero el desinterés sublime de la Iglesia no siempre fué bien comprendido, ni aun en aquellos religiosos siglos.

En el mismo siglo XII, un monje, por demás cándido, se hizo eco de las hablillas de los envidiosos. Este monje era Gilberto de Nogent, que escribía:

«Las mentiras que de continuo propalan algunos desde el seno de la Iglesia, sobre milagros y reliquias sagradas, milagros que con sin igual desvergüenza se lanzan al mundo, no tienen más objeto que vaciar los bolsillos de los fieles.»

En esto hay algo de verdad; pero... distingo.

Vaciar los bolsillos de los fieles fué siempre el propósito de la Iglesia; pero ¿por qué? Para apartar á los fieles de los pecados á que conduce la posesión del oro.

A ver, un pecador sin un real, ¿cómo se las compone para tener buen rectorio, buenas lobs y pieles de martas, buenos manteos, buen brasero en el invierno y buen baño en el verano?

¡Imposible!

**

Otro escritor, *Thiers* (no el que fué ministro de Luis Felipe, sino otro), decía que en el siglo XVII, «á pesar de los Concilios, los monjes ricos y cargados de rentas hacen vergonzoso tráfico de reliquias cuya autenticidad no está probada, y de otras evidentemente falsas.»

Pero no hay que fiarse de esos escritores.

Lo cierto y verdad es que en el siglo XVII, una lágrima de Cristo, conservada milagrosamente en una botella, producía todos los años una renta de tres á cuatro mil libras en evangelios, misas, novenas, presentes, oblacones y otros sufragios.

Si los fieles no hubiesen tenido fe en la lágrima, ¿hubieran pagado tanto por ella?

Y si la lágrima no hubiera sido auténtica, ¿habría producido fe?

¡No! Eso sólo sucede en las falsas religiones.

**

¡Oh la fe! La fe religiosa ha sido la gran casa de moneda, sobre todo en los siglos medios.

**

Cada día se daba á luz una nueva leyenda milagrosa, y una milagrosa reliquia, que encontraba aficionados, y á ella dedicaban algo del vil metal.

Cuando pasaba la afición á aquella, salía otra, y después otra.

Alguna que otra vez se abusaría de ello, porque ya en el siglo IX un Concilio censuró ágríamente á los obispos que explotaban los milagros para saciar su codicia; pero la voz del Concilio sonó en Aix-la-Chapelle, y como entonces afortunadamente no había imprentas, periódicos, correos ni caminos, el escándalo no llegó al público, que habría tenido un gran disgusto, y sólo supieron la noticia los discretos príncipes de la Iglesia.

Un arzobispo de León de Francia, llamado Amulon, dice en sus cartas á un obispo, que efectivamente en aquel tiempo se cometió tal cual abuso inventando, ó mejor dicho, fingiendo alguno que otro milagro con que excitar la piedad de los fieles y hacerla productiva.

«Yo mismo (dice) he visto supercherías de estas: he visto algunos sacerdotes excitar á gente pobre á que fingiesen haberse curado milagrosamente, sin más objeto que llenarse la bolsa; he visto algunos que fingían curarse, después de fingirse endemoniados, confesar sus culpables artificios y disculparse con que la miseria les había obligado á ello. Otros enseñaban á las gentes sus miembros cubiertos de llagas fingidas, para fingir después que se les habían curado por milagro; con cuyos medios acudía á los templos gran número de devotos á depositar ricas ofrendas.»

Cierto que debió fingirse algún milagro aun en los tiempos de verdadera piedad; testimonios quedan de ello; pero lo más prudente y cristiano es creer que los mas productivos no fueron inventados, sino reales y verdaderos.

Los impíos pretenden en vano abultar los abusos cometidos en esta materia.

Pero los testimonios auténticos prueban lo inícuo de sus exageraciones.

No hubo más abusos que alguno que otro en cada siglo.

Si vamos á mirar, también los hubo en el siglo XI, acerca del cual escribía un piadoso monje:

«Todos los días se ve á gente que va de una iglesia á otra, fingiéndose ciegos, impotentes ó endemoniados; se retuercen al pie de los altares ó sobre las sepulturas de los santos, y luego hacen ver que se han curado, fingiendo que el cielo ha obrado un milagro en favor suyo, para granjearse las dádivas de los fieles.»

Pero esto dice mucho en favor de nuestra tesis. Porque si gente indocata y miserable sacaba dinero de los creyentes sólo con jactarse de milagros falsos, ¿cuánto más dinero no había de sacar la Iglesia, con su prestigio, su santidad, su poder, su organización y sus milagros verdaderos?

Pero de los mismos abusos se sacó partido para acusar, no ya á clérigos ignorantes y á oscuros monjes, sino que el calavera de Abelardo en un sermón público acusó á San Nober to de haber fingido milagros productivos, y hasta cita el nombre del

compadre que estaba de acuerdo con él para ayudarle á ganarse la vida.

Acusación que está muy fea, y que reprobaban todas las devotas del barrio.

Pocos días hace que el periódico *La Ilustración de Madrid* nos traía á la memoria la imagen de la Virgen del Sagrario, que está en Toledo, forrada de una gruesa hoja de plata.

A este propósito, aludía el periódico á los donativos de alhajas, piedras preciosas y riquezas de todo género que pueblo, magnates y reyes habían hecho á la imagen, y al propio tiempo hablaba de las pingües rentas de aquel cabildo.

La imagen tiene traje bordado de oro, aljófar y perlas, dice.

Tiene delantal sembrado de esmeraldas, rubíes y diamantes, añade.

Y tenía la preciosa corona robada en 1869.

¡Ah, ser imagen ó ser cabildo eclesiástico era lo más que se podía ser en el mundo!

La corona robada era un primor de esmaltes, de cinceladuras, de calados, de todas las invenciones de las bellas artes.

Balajes, rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes... oro, plata... ¡doscientos catorce mil seiscientos treinta reales valía en su tiempo la corona! (Siglo XVI.)

¡En sesenta mil duros fué tasada el año 1866!

¡Si ese dinero se hubiese empleado en saciar el hambre de la gente baja, no habríamos poseído tan rica joya para adornar tan rica imagen, manantial de pingües rentas para un rico cabildo!

Aún á principios del siglo XVI se conservaba en una iglesia de Burges un cepillo, con un rótulo que decía al pie de la letra: «Deja aquí una devota ofrenda y morarás entre los bienaventurados.»

Que es el colmo de la sencillez para sacar dinero hasta del alma.

Para las almas, se entiende.

¡Todo para ellas!

Dentro del recinto de Roma había cinco iglesias que gozaban de indulgencias perpetuas. ¡Y las indulgencias daban tanto de sí!

Los rótulos de esas iglesias advertían que con una sola misa que allí se mandase decir (pagándola, por supuesto) se libertaba un alma del purgatorio.

Y después los frailes mendicantes y las demás órdenes, consiguieron también que el Papa les concediera

altares privilegiados y perpetuos, de los cuales hemos visto algunos, donde se pone un rotulito que dice lisa y llanamente: «Aquí se saca un alma del purgatorio por cada misa.»

La Iglesia aun con todos estos medios, ha temido siempre que se librasen pocas almas, y para más facilitar su salvación, ideó una tarifa para todos los pecados.

Las penitencias empezaban á ser muy molestas á los fieles, y Roma las dispensó á cambio de dinero.

Decía el pecador, por ejemplo: de buena gana pecaría, si no tuviese que sufrir un castigo de pan y agua, ó de encierro, ó de azotes.

Y no tenía más que mirar el arancel, pagar su cuota, y se iba á pecar tan campechano.

Ya en el siglo XI se quejaba San Damián de que el conmutar las penitencias con multas pecuniarias arruinaba la disciplina; pero su celo mal entendido no le dejaba ver que con penitencias solas, la Iglesia no podía llegar nunca al grado de esplendor y riqueza á que la vieron llegar los humanos.

Mas ¡ah! ¿cómo era posible que en los buenos tiempos, en el siglo IX, el pobre, aunque feliz bracero, cayese en la pasión de la moneda, si jamás se había podido acostumbrar á ella?

Los siervos del obispado de Luca trabajaban la mitad del tiempo para el obispo.

Unos, en efecto, tenían obligación de trabajar tres jornales cada semana, y dar además tres pollos y veinte huevos al año.

Otros daban los mismos jornales, y vino, y aceite ó habas, y otras frioleras.

En cambio cuando iban á la iglesia, que era muy frecuente, el espectáculo de las luces, los dorados, los trajes y las imágenes, el olor del incienso, el mueblaje, todo contribuía á dejarles atónitos.

Hoy día van una noche á una zarzuela de espectáculo, y al volver á un pueblo no hallan ya nada que admirar en la iglesia.

¡Oh siglo VIII, siglo IX, siglo X, siglo XI, siglo XII!... ¡Oh siglos todos menos el nuestro, qué bellos sois, eclesiásticamente considerados!

Cuando á fines del siglo X empezó

(Continuará.)

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7.—MADRID.